

mono; con huellas de degeneraciones implacables; falanges de cretinos, astrosos, descalzos, con el pelo y uñas crecidos...

No así la nueva remesa. Cierto: todos traían ropas, caras y manos sucias; la faena del carbón no es para menos. La recuerdan aún mis huesos: recogerlo con palas; llenar la costalera y al hombro con ella para arrojarla por el portalón de carga a las canoas y demás alijos que aguardan atracados en la borda.

Otro detalle típico: veíase en todas las caras la huella del dolor. ¿Ver caras tristes en las remesas ordinarias? ¡ca! si como dicen todos: "Con excepción de parto, de cualquiera cosa muere un hombre." Bien al contrario, la mirada de los recién venidos al encontrarse con la de los aclimatados, parecen decirse: "No nos conocíamos, pero como era natural nos encontramos, aquí estoy para servirte."

Decididamente aquello era extraño para mí, y sin considerarlo más, pregunté a un joven oficial, aventajado, tosijoso y de espaldas corcovadas, que regresaba después de una licencia de dos meses por enfermedad, con la convicción de estar ya bueno—sí, bueno para morir—pregunté, decía:—Mi Teniente ¿y esos?

—Son huelguistas.

Ni nuestros corazones.... ¿Quién fía en el corazón? Al corazón como a las campanas debemos preguntarle: ¿Por qué repicas?

¿Te han condenado a muerte?

¿Te cayó el gordo de la lotería?

¿Se te murió alguien?

Ni nuestra cabeza, ni nuestros corazones; ¡nuestros estómagos! Ellos inspiraron aquella justicia, si fué justicia; aquella venganza... si venganza fué.

Su lenguaje era claro: ¡A las tiendas! ¡a las tiendas!

Y allá vamos todos; viejos, viejas, mozos... todos unidos. Nadie pensó en rivalidades de fábrica, en celos de obrero, en diferencia de credos; unidos y fuertes. Los niños cogían para imitarnos, un par de piedras, y las mujeres llevaban tres o más en la falda. Un solo grito en la muchedumbre; una sola voz clamoreaba en los aires con el rumor de un mar embravecido: "¡A las tiendas! ¡a las tiendas!"

Entonces lo comprendimos: el mejor lazo de unión es el dolor; éramos hermanos; ciudadanos de una gran República: ¡La Miseria! Si la primer República no nació en una taberna, nació en un día de hambre.

¡A las tiendas!

Tenían cuenta pendiente con nosotros; allí había ido a parar nuestra sangre.

En la fábrica no adelantan dinero, pero se dan "vales" y como el hambre apremia se acepta el "vale." Dan en la tienda en cambio efectos caros y malos...."

—Pues llevarlos a otra tienda, interrumpí.

—Inútil; eran todas del mismo dueño, y estaban en combinación con la fábrica. Frente a la tienda esperaba el vampiro aquel; sacó el revólver y cargándolo, con aire insolente dijo: "A esos hambrientos ni agua."

Fué Lucrecia Rendón quien gritó primero: "No te apures, nos la serviremos... Para nada se te necesita."

Tal vez en los segundos que mediaron entre esas palabras y el saqueo de la tienda, el mismo cuadro se desarrolló en nuestras cabezas. Veíamos al expoliador llegar al poblado desde un lejano país, con hambre, astroso. Economizar en su trabajo de bestia con mil y mil humillaciones, hasta reunir lo suficiente para prestarnos sobre nuestras ropas.

Llegado el plazo, a venderlas.

Más tarde, el comercio.

Luego el acuerdo con la fábrica; des-

por las balas de los soldados. Este clima perro.... Casi, casi, acabaré por alegrarme de que me los hayan mata....

Y no terminó la frase. Apoyó la barba sobre el pecho y sus labios continuaron moviéndose como si musitara una oración.

El crepúsculo tocaba a su fin. Del incendio en que incineraron el sol de ese día, apenas si restaban unas lengüetas de fuego por consumirse.

Cucuyos y luciérnagas saltaban anhelantes como almas locas del bosque. ¡El déspota acababa de hundirse! Ya podían brillar y ser soles; diminutos soles para el mundo invisible poblador del follaje. Millares de insectos preludiaron su canción. Silenciosa, dulce se posó la noche sobre el bosque... luego extendió las alas y anocheció en el cielo.

Sentimos ansia secreta de algo; como la cruz del olvidado es el recuerdo, entramos en plena rememoración de los alegres y pasados días.

—Eh, Fermín; háblenos usted de la huelga.

—De ella estoy hablando—respondió—. Todas las tardes y en hora como ésta, platico de la huelga con los tres: Juanito, Luis, Felipe... ¿no van a la fábrica?—

No, padre.—Están matándolos si no entran.—La fábrica esclaviza y mata.—La fábrica da de comer.—Los muertos ya no comen.—¿Luego no entran?—No.—¿Ninguno de los tres?—Ninguno.—¿Me conceden entonces un último favor?—Sí, padre, ¿cuál?—Quiero ir con ustedes. ¡Me declaro en huelga! Y así fuí huelguista.

En el fondo había razón de sobra. Trabajar de las cinco de la mañana a las ocho de la noche, y por un rollo de satén con tres mantas pagar el miserable jornal de un peso y centavos. Apelamos al Presidente de la República y lo hizo tan bien, que consiguió de los industriales nos aumentasen quince centavos, con la obligación por nuestra parte de pagar las lanzaderas inutilizadas en el uso; arcos, pasatramas, perillas, corazones y rejas... Ante tan señalado servicio ¡claro! ni quien se parara en la fábrica. ¡No nos defienda, compadre!

Al principio tal cual; había en la Sociedad de Socorros, fondo para ayudarnos en algo. El fondo se agotó y tocó su turno a la caridad pública. La caridad se cansó y llegó su turno al hambre. El hambre no se cansa. Ley de las leyes. Cuando el hambre dice: ¡Quiero! todos a un lado.





bra el vigor suficiente para implorar de nuevo trabajo en la fábrica. En la fábrica que le arrebató al esposo, al padre de sus hijos.... Por eso decía con mal velado acento: "Los hijos de Fermín.... corrieron mejor suerte...." y se extinguió con aquel gesto de amargura.... Llevo tenazado y conservaré en el corazón su gesto.

El peligro familiariza a cuantos en él viven y por eso a menudo se les oía decir: "Ya quedamos ochenta." Y con la misma naturalidad llegó otro día y dijeron: "Sólo treinta quedamos."

Celerino, el arrapiezo aquel que arrastraba sin darse cuenta la nostalgia de la casa en donde la reñían a diario por jugar a las escondidillas con las hijas de los obreros, se abrazaba a don Fermín canturreándole al oído:

—Alégrese usted: por lo visto escapamos de enfermar.

—¡Imbécil!—decía el viejo con ira—. ¿Acaso me aguardan los tres como en mejores días? Y si no me aguardan ya... ¡cómo demonios regreso!

* * *

Volvíamos de sepultar a dos huelguistas más, acompañados de Macario (a)

“El Quedado.” Le llamábamos así por ser el único superviviente de aquella remesa que pidió reparto de tierras... y a la cual repartieron actas de sorteo.

En la vía dolorosa todos somos hermanos; por eso el Quedado se reunió como yo al resto de los huelguistas.

Sólo veinte vivían, y me duele recordarlo; pero ya entonces Celerino reía menos y dormía demasiado; y usando su frase: “Le dolían horriblemente los huesos.” Así y todo no se apartaba de Chamula con quien hizo las mejores migas y del cual recibía unos consejos tremendos. Acababan siempre en lo mismo: Los bosques de su tierra; unas llanuras en donde echar a correr días y días sin darles fin, a diferencia de este monte apabullante, ridículo y de más a más inútil. Le hablaba de libertad; de irse lejos, lejos....

—¿Y si le salen a uno los indios—interrompía el niño abriendo desmesuradamente los ojos.

.....

No quisimos entrar en la cuadra; tendidos a la bartola y rodando de golpe en golpe la conversación, se detuvo al murmurar Fermín con ira: “Se portaron me-

se distrajo y se quedó dormida, esa dosis de amor para nuestros hermanos, se despertó imperiosa, irresistible.

Veíamos a su pobre madre llegar al campamento chiclero, arrastrada por la necesidad... tal vez por el amor.

Allá en sus mocedades, daría asunto para un idilio callejero con el obligado epílogo: la llegada al mundo de Jenaro, y la escapatoria de un truhán dejándola a merced de la corriente.

Conoció después a Zacarías; otro vi-cioso, y éste, en una de sus muchas borracheras fué reducido a la esclavitud por los enganchadores. Cuando ella lo supo, pidió, y la autoridad le facilitó los medios de trasladarse al Territorio. Sin escarmentar en su primer fracaso, encontraría quizá desconocido encanto de compartir con él la esclavitud.

Idilio breve y vulgar.

El, murió a poco en uno de tantos asaltos de los indios; enfermóse ella, y no siendo útil por lo mismo a la Compañía, hubo de ver con resignación cómo ésta la mandó fletar en un bote para que la desembarcasen en... cualquier parte.

Nombramos una comisión para suplicar al Administrador permitiese desembarcar a la enferma. Una vez en tierra, ve-

ríamos de ayudarla; de seguro nos daría la comisión buenas cuentas: al que no conmueven los niños, un guijarro debe tener en donde a los demás nos han puesto el alma. Jenaro formaba parte de la comisión.

El mismo día era todo lo que se llama una promesa: el crepúsculo, envolviéndose en la magia de sus tintas, traducíase en esperanzas, felicidad, dulces augurios... Por lo visto no éramos marinos: en tierra y cielo dormía la tempestad.

Mis camaradas discutían; yo viajaba en la pompa del crepúsculo.

Muchos lo dudan y sus razones tendrán; pero es muy cierto: en posándose mis ojos en las nubes, me finjo o veo un mundo caprichoso... y le sigo en sus extraños giros con muda y plácida delectación. El de ese día sobre todo.

En primer término, el mangle bordando la elegante curva de la playa y formando canastillos con las raíces que dejan pasar por la filigrana de su raigambre, pececitos, agujetas y angulas a los que atisban, encaramados en las ramas o rondando en los aires, ya el alcatraz perezoso, ya la inquieta gaviota.

Luego, una lejanía azulada; la bruma velando el confín donde se unen casta-

mente el cielo y el mar en un beso místico. Connubio sin ocaso y sin hastío... unidos si el sol desfallece; unidos bajo la quietud nocturna... unidos les encuentra el sol naciente.

Era el crepúsculo que me extasiaba una recompensa a los enamorados del imposible; derroche de imaginación potente; el universo de la fantasía y la gama del color en epifanía solemne.

A ras del agua, una creación hierática; un cíclope enorme de perfil insólito; de porte altanero y enhetrada melena. Movable como todo cuanto existe, apenas si perduraban sus masas y sus líneas un segundo sin alterar su gesto.

¡Cómo nos hicieron reír las ocurrencias de cada uno de los del corrincho al buscarle parecido con éste o con aquél.—Mira, se parece a la mujer de Remilgo—. O bien cuando las líneas de la cara afectaban el perfil de un ave de rapiña:—¡La mismísima cara del Jefe de la Zona!

El cíclope se transforma dignificándose hasta la cumbre trágica. Dejaron de vivir para mí en ese instante mis camaradas y me absorbí en la dulce contemplación del mundo fantástico que me fingen las nubes cuando mis ojos se posan en ellas.

El cíclope se irguió, y sus piernas, hundidas en el mar, parecían arrancar enérgicas desde el fondo del acéano. Muy cerca de él, una forma que, podría muy bien ser una mujer—caso de no ser un monstruo,—le acechaba. Ninguno salvó la distancia, pero ella alargó los brazos... más... más... ¿Tuvo el titán demasiado tarde la tentación de huir?

Multitud de pajarracos de configuración absurda se encogían o dilataban; su tinte negruzco me daba la idea de si alguien con mano torpe se hubiera apoyado para no caer, en la brillante tonalidad del cielo, dejando los chafarrinones.

Y la quimera avanza hasta confundirse con el cíclope... ¿le acaricia? ¿le estrangula? ¿quién lo sabe! Tal vez lo supieran los grupos de matronas, sacerdotisas de extraño rito que, de un lado y otro, en formación simétrica presenciaban la misteriosa fusión.

Una oleada rojiza invadió el dombo. Los espectadores de aquella unión, efectuada ésta, perdido el interés del acto, se apresuraron a olvidarlo y arrebuados en sus mantos de pliegues amplios, se dispusieron a partir.

Alguien privó de luz al cuadro y de

arriba a abajo descendió la tristeza... Una que otra figura, aislada, parecía buscar anhelosa por el ensombrecido expositario los restos del ser querido. Sin transición llegó la noche.

Explicaba esto a mis compañeros y me empeñaba en que conmigo procurasen leer en el fecundo libro de la naturaleza. Palanquetas no concebía cosa digna de tomarse en serio y por eso me interrumpió:—Oye, pos si miras gentes en el aigre, pela el ojo ¿columbras la Vergüenza? ya me canso de buscarla en todo el Territorio. Que nosotros robemos hasta las plumas remeras y timoneras del Dios Espíritu Santo, se comprende... y para eso es el oficio... En un pelo estuvo que el Territorio se llamara de Quintana Robo. Pero si empezamos a desplumarnos a nosotros mismos ¿onde está la honradez profesional?

Fijamos a un tiempo la vista en el Veracruzano: era cosa por él mismo confesada y de todos conocida su impotencia para abstenerse de robar. Le enviaron por cuenta del Gobierno del Distrito porque estando empleado en un gimnasio para enseñar a los noveles las *primeras posesiones*, como él decía, uno de tantos

le acusó por la posesión de un portamonedas que en los bolsillos traía.

—A mí no me hagan amarres, pues no soy estacha,—dijo insolentemente—. Y hubiera seguido la reyerta, de no haberse escuchado, como especie de maullido un: “Yo fui.”

Y al volver la cabeza, nos encontramos con Maximino *el Trocadero*, uno de los huelguistas de Río Blanco. Estaba reducido a su última expresión: para esqueleto mismo, resultaba algo flaco. Sin dejarnos reponer de la sorpresa explicó: —Yo tomé del hitacate la muda de ropa. Y agregó que nunca había robado, pero como sintió llegar la calentura, creyó fácil cogerla para ir con los turcos y empeñarla por cápsulas de quinina; que en cuanto pagasen la primera decena... No lo dejó concluir el Veracruzano.—Basta, hombre, basta; yo pago por ti, y no por lo de que te alivies o dejes de aliviarte, pues me importa un pito; sino por el gusto de tu ingreso al gremio. Tú sin saberlo me consuelas. ¿Pos si éstos que jamás han robado se animan... ora nosotros? Nos mandan pa enmendarnos... ¡tiene timba! ¡hay que ponerle asunto! Eso di hacer un viaje cargado de guachinango

pa venderlo en Veracruz; ir a Colima pa quitarse lo salado o venir al Territorio pa sacudirse lo sinvergüenza... ¡tiene rabia, chocozuela, jiribilla y rampabolla en la cadera!

Por eso consolamos de la mejor manera al Trocadero y aun suplicamos a nuestro cuentista el Veracruzano amenizase la espera con alguno de los mil de su cosecha. Así como así, el Administrador de seguro no iba a precipitar la cena por recibir a nuestra honorable comisión.

—Bueno, allá les va éste:

Erase que se era un pobre viejo y murió dejando tres hijos. Les llama antes de petatear y les dice: Como padre de ustedes no tengo otra cosa qué heredarles de no ser mi necesidad. Pero como amigo voy a darles un buen consejo. No pregunto cuál es la virtud de ustedes, pues cada virtud trai debajo del brazo su recompensa; pero sí les preguntaré cuál es el vicio que les agobia pa darles un escudo pronto a la defensa. ¿Cuál es el vicio de cada uno? Y el mayor de los hijos dice: El juego. Uno de los otros,—Yo bebo— y el último,—Yo robo.

Bien, agregó el padre—Y dirigiéndose al primero: Procura no jugar sino con

los meros gordos; y a serte posible, con el mejor de los mejores. En cuanto a ti, no tomes la primera copa, sino cuando los invitantes aigan bebido nueve o diez. Y tú, hijo, roba... pero en grande.

Y murió el viejo.

Y aconteció así: De los hijos, el afecto al juego, siguiendo el consejo de su padre, se echó por esos mundos hala que hala en busca del mejor jugador. Y llega a una suidá donde le informan:—Salió para tal otra.—Marcha a la otra y le dicen: Acaba de salir pa aquella, y en aquella lo mandan a la de más allá. Así, de una en otra población topa con él. Entró en la partida preguntando: ¿Está aquí el rey de los jugadores?—Allí lo tienes.

En medio de miles de personas que lo vían, echando la baba de pura admiración, estaba el soberano del juego, mechudo, sucio, los zapatos rotos y con un mal relingo por vestido. ¡Ah!—dijo el muchacho,—¿con que el rey del juego no saca ni pa vestirse? ¡gracias, no fumo! Y no jugó nunca.

Aconteció también que aquel de los hijos afecto a beber, picada su curiosidad, resolvió hacerse cargo del motivo del consejo del difunto y convidó a laboriarla a todos sus amigos. A la primera tanda

de vasos se sumió como pudo y como pudo escapó de la quinta y nóvena... Cuando llegó la ocasión de tomarse la primera copa, encontró que sus amigos estaban todos ellos mismísimamente—aquí debemos pensar en nosotros, para no descreditar la estirpe—, y se dijo: ¡Los muy marranos! ¡no bebo más! Y no bebió.

Como llegado a este punto diera el Veracruzano por terminado su cuento, alguien le preguntó:—¿No eran tres los hijos? ¿y el que robaba?

—De naco me voy a poner a desprestigiar el gremio; ya se me olvidó el resto.

Y no hubo poder de hacerle concluir, ni ocasión, pues *la muy honorable*, precedida del chiclerito, venía a nosotros con las cajas destempladas,—y tan destempladas—a juzgar por la estampa.

Vomitaba pestes don Fermín en contra del Administrador. Cierto, el puerto estaba cerrado; pero no lo era menos que aquella mujer se moría abandonada, peor que un perro: a los perros no falta quien les haga un papacho. Sobre todo, qué puerto ni qué puerto, si allí lo había sólo de nombre.—Sí, es tan puerto como este es muelle.—Y señalaba el montón de pie-

dras y palos que nos servía de sala de deliberaciones.

—Tiene razón de ser tan escrupuloso: como el Transporte ese viene de estranjia, no sea y traiga contrabando.—El muchacho, en último resultado, no veía ni oía otra cosa sino reniegos, ajos y tasajos y preguntó haciendo pucheros: ¿Luego... no la traímos?

—Al contrario, ya viste la regañada endilgada al boga, por haberte desembarcado—. Debía por fuerza estar avezado a sufrir el arrapiezo: a sus años, a cuantos niños he visto llorar, lo hacen a su gusto, a grito tendido; él no, procuraba hacer los menos pucheros posibles, como si le mortificasen y sus lágrimas corrían en dos hilitos temblorosos. El chubasco estaba cerca; maldiciendo y disculpándose con el muchacho, según mejor pudo cada uno de los compañeros, fueron retirándose, porque según decían, a las cinco debíamos estar dándole maeizo y duro.

—Mi mamá tiene sólo una lona encima. —Pero los del bote la pondrán bajo cubierta de proa o de popa, no te apures. Vamos a dormir y mañana tempranito estamos aquí con ella—. Testarudo era el muchacho, y cuando observó que le dejá-

bamos, dió a su cara un aire resignado; no tuvo otra respuesta a nuestras reiteradas instancias para llevarle con nosotros a la cuadra, sino un árido "Me quedo."

—Vas a empaparte.

—Me quedo.

—Mañana amanecerás como tu madre, cuando no peor.

—Aquí me quedo—. Nos fuimos a dormir pensando: Tal vez nos siga la criatura una vez convencida de lo inútil de su espera en el muelle.

Imposible dormirme; a cada ruido me incorporaba pensando en Jenaro. Sólo el rumor monótono incansable del océano llenaba la quietud de la noche. Allá de vez en cuando la luz de los relámpagos, al bañar la extensión, permitía ver al pailebot balanceándose de borda a borda, plegada la mayor a la botavara. No era ilusión mía: a cada relámpago, la voz del pequeñín llegaba claramente a mis oídos: imaginábase sin duda que, si él veía la embarcación, no podían menos de verle... ¿quién sabe!... tal vez oírle... Un nuevo relámpago, tras él una descarga de tonalidades de hierro cascado al ir rodando por una superficie pedregosa. Al extinguirse, la voz del niño a grito

abierto: "¡Mamá...! ¡mamá...! ¡yo soy!
¡No me oyes?"

¡Y fuí al muelle! Le cogí en mis brazos besando su cabeza empolvada de cabellos pegajosos... con respeto... con unción... ¡Tenía necesidad de hacerlo! Hacía tiempo no tropezaba con un alma siquiera parecida...!—Pues no quieres ir a la cuadra, testarudo, vengo a estarme contigo—. Le envolví en mi frazada, acostándole a viva fuerza sobre mis piernas. A cada nuevo relámpago—Mira, decía, se ve clarito; aquél es Salomón el negro; a cada rato le dicen: "¡Listo al foque... ¡vira!"—Le respondí, "sí" por más que nada viera yo.

A medida que el chubasco se acercaba, el ruido y el aire se hacían insoportables, obligándonos a cubrir la cabeza para defender los oídos. Muy cerca debió haber quedado amarrada una embarcación; se oía golpear con fuerza contra las piedras del muelle; el niño se incorporó y dijo señalándomelo: ¡Mira, un bote...! Su mirada completó la frase. Sujeto a uno de los pies de la improvisada cabria, estaba con efecto un cayuco pescador; no sé qué idea imprecisa, vaga, cruzó por mi frente, y el niño la delineó claramente abra-

zándose a mi cuello en tanto me canturreaba: "¡Verás: mi mamá tiene guardado un peso ques mío; tres riales para un tambor y cinco pa comprar un caballito. Como sobre el caballo no se toca bien, si tú me llevas allá, te doy los tres riales del tambor...! ¡Anda... llévame...!"

Me levanté; desaté el cabo y cogiendo los remos, a favor de la sombra, pegándome cuanto más pude a las piedras, acomodé a la criatura y nos lanzamos. Callaba el chiquitín, como si abarcara en toda su extensión la magnitud de la empresa; a fin de hacer el menor ruido posible, usé discretamente los remos, y a veces la palanca en lugar de ellos. Las intermitencias del fanal del faro hacían volver los ojos al chicletero y se escondía entre mis piernas preguntando si no apagarían la lámpara.—Cállate; a favor de esa luz veremos el camino.

Nos faltaba poco, cerca debía estar el pailebot, creo ya se oía hablar en él... cuando nos cerraron el paso gritando: ¡Ah del bote!

Nos dieron alcance. Eran el celador y dos guardas; enfurecidos contra mí, soltaron las andanadas de uso: que todo el día iban a tenerme desnudo dentro del

agua y acarreado piedra. Así se me quitaría lo de esto y lo de más allá.

—Está visto, muchacho, tienes mala suerte, y el Administrador y todos, un alma de piedra—. Nos pasaron al bote, llevando a remolque el cayuco, no sin decirnos lo que no es para escrito, durante la travesía. Momento hubo en que el celador pareció conmoverse al hablarle del abandono de la pobre mujer, lo triste de convertir una buena disposición en tiranía inútil, por falta de talento para interpretarla... no sé yo cuánto dije ni hablé; el celador externó no tener culpa, también le dolía, pero donde hay capitán no gobierna, marinero. Era preciso someterse.

—Ya íbamos a llegar, señor—, decía Jenaro—; lástima!—. Y volviendo a mí su carita paliducha susurró en voz baja: “Dile que le doy los cinco riales del caballito... A ver si quiere...”

No hablaré del lujo de crueldad desplegado por los esbirros al desembarcarnos. Lloraba el rapazuelo y ahora sí a moco tendido. El chubasco, lejos de amainar, recrudecía, como si tierra, cielo y mar protestaran de semejantes iniquidades.

Llegó el día siguiente. Tras el chubasco la calma... un cielo limpio, y al fin

¡el puerto abierto!—. “¡Atraque el bote! Se le da entrada...”

Más muerta de lo que aquella pobre mujer estaba, nadie logrará estarlo con seguro. Mojadas completamente las ropas y untadas al cuerpo, denunciándolo en sus menores detalles; agarrotados los brazos, rígidas las piernas; las manos y los pies de un color verdoso; sus ojos a medio cerrar: en uno de ellos veíase brillar una gotita temblorosa... puede haber sido del mar... tal vez fuera una lágrima. El niño lloraba apretando sus bracitos al cuerpo inanimado de la que fué su madre... Yo le dije: Pobre huérfano, no olvides esto, ni lo extrañes; pagas por nosotros... Las autoridades de lugares como éstos, se buscan dignas de saber gobernarnos, ¿no somos en último análisis bandidos? pues a tales subordinados... ¡tales jefes! Nada pudimos hacer por ti ni por ella... adiós.

No sé quien recogió al chiclero; yo le dejé en brazos del vicio y de la miseria. Si él vale algo, algún día sacudirá el vicio y emprenderá su vuelo. Si no vale los dineros empleados en bautizarle, bien merecido se lo tendrá.